

SUMARIO

Enseñanzas de la guerra del Rif, por Juan Avilés, teniente coronel de Ingenieros.—
Nuestra guerra de Marruecos juzgada por un alemán, por Marqués de Zayas, te-
niente coronel de Estado Mayor.—*El dominio del aire*.—*Las grandes maniobras
alemanas en 1909*.—*Bibliografía*.

BIBLIOTECA

Pliego 3 de «Manual de primeros socorros médicos en paz y en campaña.»
Pliegos 4 y 5 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Perez.
Pliego 4 de «Napoleón, jefe de ejército» (2.º tomo), por el Conde Yorck de Vartenburg.

ENSEÑANZAS DE LA GUERRA DEL RIF

IV.—Los convoyes.—Los puestos de la vía férrea

El combate del 27 de julio marca el término de la primera fase de la guerra, la caracterizada por los intentos de avance directos, en línea recta, hacia los objetivos que se consideraban más importantes. Demostró palpablemente aquel hecho de armas que, para poder desembocar desde nuestras posiciones avanzadas en dirección á Nador y Zeluán, era indispensable apoderarse previamente del Gurugú; y como la conquista de los montes de ese nombre hubiera costado muchísima sangre, exigido numerosísimas fuerzas y complicado de un modo extraordinario el abastecimiento de las columnas de operaciones, sin que á pesar de todo se consiguiera un éxito seguro y adecuado al objetivo principal de la guerra, se resolvió acudir á los movimientos envolventes, que sobre estar más en armonía con los métodos modernos, son los únicos que infunden verdadero espanto en los rifeños.

Conserváronse, no obstante, las posiciones avanzadas, por los motivos ya expuestos, pero sin ánimo de utilizarlas como bases del avance ulterior, aunque ellas desempeñaron por largo tiempo una amenaza constante contra el enemigo, al que obligaron á mantenerse en las laderas y riscos del monte y en los valles que descienden al llano de Nador. Y tanto se desistió de avanzar por la línea paralela al litoral, camino directo á Nador y Zeluán, que no transcurrieron muchos días sin que desde las posiciones avanzadas se viese que Nador quedaba periódicamente desguarnecido por el harca, con lo que la ocupación de dicho punto hubiese podido efectuarse

casi sin disparar un tiro; pero lo que más interesaba ahora era la terminación de la guerra por medio de maniobras que condujeran á la ocupación de los puntos que servían de centro de resistencia al enemigo, y en este concepto la toma de Nador, como hecho aislado, no solo no hubiese tenido importancia, sino que acarreará una mayor división de fuerzas, más dificultad en el abastecimiento y la creación de un nuevo punto fortificado que nos apartara todavía más del fin principal logrado por medio de la maniobra. Se desistió pues, con muy buen acuerdo, de proseguir el avance en la dirección por donde pareció querer iniciarse, y nos mantuvimos resueltamente á la defensiva en el triángulo Atalayón-Sidi Amed-Melilla.

Conviene hacer notar antes de pasar más adelante, que la campaña se enderezó casi desde el primer momento, tanto á batir la resistencia de los rifeños como á preparar y organizar el territorio, abriéndolo á la civilización, en cuanto sonase el último disparo; y como hacía tiempo se sostenía por personas competentes que el puerto de Melilla debía ser la Mar Chica y que el dragado de una bocana que le pusiera en comunicación con el mar era obra fácil y de rápida realización, lógico fué que las iniciativas militares se inclinasen en dicho sentido, esto es, poner en segura y expedita comunicación Melilla con la playa S. de Mar Chica. A últimos de julio comenzó el dragado de la bocana y se llegó á predecir la completa apertura de la misma en un plazo breve, de modo que también por esta circunstancia convino mantenerse en disposición de poder apoyar desde la plaza los trabajos que, según los técnicos, iban á ejecutarse pronto en Mar Chica. Todo se conjuró por consiguiente para imprimir al principio de las operaciones un giro que hubo que abandonar después, guiándose en adelante por razones de orden puramente militar.

Estas no podían ser ni fueron otras que la ocupación de los montes del Gurugú, arrojando al enemigo á las montañas de más al S., donde su acción ya no sería temible; y para apoderarse del Gurugú, conquistando de paso las comarcas que lo encuadran, nada mejor que rodearlo y envolverlo por sus dos flancos.

Con este objeto, se aprovechó habilmente la necesidad de pacificar las regiones lindantes con el Muluya, en las que comenzaba á observarse alguna agitación, para concentrar en el extremo oriental de Mar Chica fuerzas importantes (más de una división), que amagaran por su sola presencia un ataque á Zeluán. Del modo, realmente notabilísimo, cómo las columnas del Coronel Larrea y General Aguilera desempeñaron la misión que se les encomendó en los territorios comprendidos entre el Muluya y los llanos de Zeluán, no nos ocuparemos aquí, pues con haber sido aquellas operaciones difíciles y desarrolladas con sugestión á los más exigentes principios militares, no condujeron á combates, de lo que se infiere que de ellas no pueden colegirse de un modo directo enseñanzas de guerra, que es lo que nos mueve en este escrito.

Mientras las columnas expresadas operaban en los confines más orientales del Rif y se ultimaban los preparativos y la instrucción de las tropas recién desembarcadas, en el polígono exterior de la plaza, proseguía la diaria y penosa labor de abastecer los puestos fortificados de la línea del ferro-carril y de las posiciones avanzadas, ó sea lo que se llamó los convoyes, voz que llegó á sonar fatidicamente, porque las bajas que nos costaba el abastecimiento no eran compensadas por ningún progreso en el desarrollo de la guerra.

Digamos pues algunas palabras acerca de los convoyes y de los incessantes ataques de que fueron objeto durante muchas semanas los puestos de la vía-férrea: primera caseta, blockhaus Velarde, segunda caseta...

Desde que salen de los límites del campo exterior, las dos vías férreas, la española y la francesa, pueden reputarse prácticamente paralelas, y se desarrollan sobre ligeros terraplenes que sirven de parapetos naturales. A corta distancia de ellas se desvanecen las últimas estribaciones del Gurugú, cortadas por líneas de chumberas, aristas de rocas y peñas sueltas, que á unos 600 metros por término medio dominan las vías férreas; pero como el terreno sigue ascendiendo más al S. y acentuándose su aspereza, no cabe la completa dominación de las posiciones bajas sin ser dueños de las posteriores, y así sucesivamente hasta llegar á los más altos picachos.

Los convoyes solían marchar por la vía más alejada de las alturas, la inmediata al litoral, y la columna de protección desplegaba paralelamente á la impedimenta, á corta distancia de ella, procurando contener con sus fuegos al enemigo y arrojarlo á distancia. Mas como los proyectiles llegaban á las acémilas, á veces se espantaban éstas y se encendía la confusión en el convoy, resultando de ello retardos, la prolongación del combate y el consiguiente aumento de bajas. ¿Porqué, se ha dicho, no se aplicó entonces, exagerándolo si cabe, el conocido método de proteger el convoy por el despliegue de las fuerzas á distancia, librando así de todo riesgo á la impedimenta y acelerando la operación?

Ciertamente, este reproche parece fundado, y una observación superficial no vacilaría en prohiarlo. Examinemos el caso. Ante todo, habrá de reconocerse que algún motivo poderoso debió existir para apartarse de los métodos antiguos, tan eficaces como vulgares; porque si se hubiese tratado de un solo convoy cabría atribuir lo acontecido á error ó torpeza, pero cuando esa operación se practicó días y días, siempre de la misma manera y fué ejecutada por jefes experimentados que se ponían en presencia de la realidad, única gran maestra, es que algo obligaba, con la pesadumbre de lo ineludible, á obrar como se obró. Este algo quedará explicado con pocas palabras.

Erizado de atalayas el Gurugú, la salida del convoy era inmediatamente avisada á los contingentes rifeños reunidos en el monte, los cuales

ocupaban las trincheras, aristas y chumberas de la parte baja y rompían el fuego así que nuestra columna se ponía al alcance de su tiro. Si para proteger el convoy desplegaran nuestras tropas avanzando por las faldas, hubiera acontecido una de estas dos eventualidades: retirada del enemigo á su segunda línea, más elevada, ó resistencia empeñada en la primera. En aquel supuesto, las tropas de protección hubieran quedado batidas por el enemigo á más corta distancia, y al replegarse á la vía férrea se hubiese repetido la retirada, momento de positiva crisis frente á los moros, según había enseñado la experiencia; y no se arguya que mediante movimientos combinados fuera fácil, ó por lo menos hacedero, coger de flanco al adversario y castigarlo duramente—maniobra que se ensayó más adelante en otros puntos—, porque esto no podía ser sino empleando fuerzas considerables y persiguiendo un objetivo de mucho más alcance que la protección de un convoy. Admitiendo ahora que el enemigo resistiera tenazmente en su primera línea, la conquista de ella hubiese equivalido á un combate empeñado, cuya terminación nos resultara funesta en todos los casos: si triunfábamos, por el efecto de depresión causado en el soldado por el hecho de abandonar todos los días posiciones regadas con su sangre para conquistarlas de nuevo al día siguiente; y si éramos rechazados, porque á las consecuencias del descalabro se agregaran las de la retirada en malas condiciones. Innecesario es advertir que hubiera sido absurdo ocupar, una vez tomadas, las posiciones bajas, dominadas y batidas como estaban por las de más á retaguardia: esto condujera únicamente á multiplicar aun más las posiciones avanzadas, acreciendo hasta un punto inverosímil los defectos de la línea que poseíamos.

Razonablemente discurriendo, ha de declararse que en el caso que nos ocupa y tratándose de una operación que había de repetirse á diario, no cabía otra solución que la de rehuir todo combate que implicase retirada ó conquista definitiva de posiciones sin ningún valor; es decir, que la columna de protección no debía abandonar el llano para internarse en el monte, que es lo que se practicó.

Más adelante, cuando comenzó á hacerse precaria la situación de los moros en las partes bajas del Gurugú, se protegieron los convoyes desplegando las tropas á distancia. Antes no se hizo así porque no debía hacerse, según acaba de demostrarse. De donde se infiere, que no hay en la guerra principios tácticos inflexibles y absolutos, de aplicación á todos los casos. Precisamente por esto la guerra es un arte y es tan difícil de conducir.

Sirvanos también lo que dejamos expuesto, para sentar otra enseñanza, no técnica, pero si muy interesante y que no debiéramos olvidar nunca: si el sistema de convoyes relatado se debiera á alemanes, japoneses, franceses, etc., antes de censurarlo severamente nos detendríamos á estudiarlo, cuando no á aplaudirlo como novedad y cosa digna de estimación;

pero como hemos sido nosotros los que obligados por las circunstancias hemos tenido que atemperarnos á ellas, prescindiendo de los principios cuando éstos nos resultaban lesivos, la crítica se ha ejercido con la habitual ligereza que nos lleva á mirar con desdén ú hostilidad lo propio y ensalzar y admirar lo exótico. Digamos para terminar lo que á este punto se refiere, que no entendemos sea una novedad digna de imitación el sistema de convoyes explicado, sino un caso particular que se acomodó á circunstancias especialísimas que es difícil vuelvan á presentarse.

Por lo demás, de aquel tiroteo incesante, de la pasividad de los moros, cuya táctica se reducía á disparar á cubierto, de la maniobra y el movimiento bajo el fuego enemigo, se reportaron muy estimables frutos: acostumbráronse las tropas al adversario, soldados bisonños se trocaron pronto en combatientes, aguerridos, se robustecieron los lazos tácticos y, en una palabra, los últimos días de julio y todos los del mes de agosto fueron sabiamente aprovechados para una escuela práctica verdad en la que el adversario no era supuesto, sino real. No tardaron en tocarse las ventajas obtenidas, porque las operaciones subsiguientes se llevaron á cabo con una soltura y un desembarazo notables.

Poco á poco, las guarniciones de los puntos avanzados aprendieron las tretas del enemigo, al que pronto tuvieron á raya, manteniéndolo alejado fuera del alcance eficaz de nuestro tiro, más certero cada día. La artillería entró entonces en acción, haciendo difíciles impactos y poniendo término para siempre á la acometividad y espíritu ofensivo de los moros, los cuales, á mediados de agosto no se atrevían ya á salir de sus escondites. Los únicos instantes en que mostraban alguna actividad eran los del anochecer, cuando las avanzadillas enviadas al exterior se replegaban á los fuertes.

Pero antes de que los puestos situados á lo largo de la vía férrea gozaran de este descanso relativo, hubieron de pasar por muy duras pruebas. Persuadida el harca que nada podía hacer de provecho contra las posiciones altas, acometió repetidamente con salvaje furor los puestos del ferro-carril, antes de que estuviesen terminadas las defensas de los mismos. Estos ataques fueron rechazados, pero no pudo impedirse que los moros destrozasen algunas porciones de la línea y perturbasen el rápido y ordenado avance de los trabajos.

Para asegurar la conservación de una línea definida y concreta—la férrea—, contra un adversario que carece de artillería, nada tan indicado como los blockhaus, de los que hicimos grandísimo uso en nuestras campañas civiles y coloniales, siempre con éxito. También se recurrió á ellos en el Rif, aunque por desgracia no con la premura y oportunidad que convenia. A ello se opuso la carencia de materiales y la escasez de obreros, lo cual fué causa de que se emplearan tipos—perfeccionados más adelante— en los que entraban como elementos principales los entramados

de madera y los sacos terferos. Se notó entonces la falta de recursos, porque lo que hubiera resuelto satisfactoriamente el problema, economizando sangre española á costa de la marroquí, hubiese sido el blockhaus de modelo desmontable, metálico en gran parte, que se arma en pocas horas. Pero no estábamos preparados para una lucha defensiva, se contaba ante todo con la ofensiva, y en consecuencia se apeló antes á los elementos activos de resolución, las bayonetas, que á los pasivos de protección. Aconteció pues con los blockhaus lo mismo que con las posiciones avanzadas. La fortificación de éstas se hizo necesaria, y con su terminación coincidió como era de esperar la de los ataques de los rifeños; con la conclusión de las obras de defensa de los puestos de la vía férrea se acabó con las audaces intentonas del adversario.

De donde se colige que la guerra, tan varia en sus modalidades, es una en su esencia; la fortificación de campaña, con sus múltiples recursos, es imprescindible y necesaria lo mismo contra europeos, que contra asiáticos ó africanos; la sinceridad obliga á confesar que teníamos harto descuidada la práctica de esa fortificación, que antes de la guerra seguía inspirándose en ideas arcaicas, de clasicismo, anticuadas. Y no decimos más por ahora, pensando como pensamos dedicar un capítulo especial á tratar con mayor amplitud esta cuestión.

Aun á riesgo de ser pesados, volvemos á insistir, como resumen del presente artículo, en lo que dijimos desde el principio: no se puede emprender una campaña con un plan preconcebido, sino á condición de conocer las fuerzas enemigas y el terreno. Faltaban ambos elementos de juicio en el Rif, y por consiguiente las primeras operaciones quedaron envueltas en una pronunciada vaguedad, en una atmósfera de incertidumbre, resultando que al abortar los primeros pasos de la ofensiva, se creó una situación totalmente nueva, haciéndose entonces patente la falta de preparación para todo lo que no significara un avance resuelto. Sería notoria injusticia inculpar á nadie por este hecho, por cuanto ya hemos dicho que ni los mismos rifeños sabían el alcance y desarrollo que iba á adquirir la campaña, pero esto no es óbice para que antes llegáramos á la conclusión de que nuestro ejército no poseía, hablando en términos generales, la ojeada militar, ni estuviera práctico en reconocer y aprovechar debidamente el terreno, y para que ahora sentemos otra no menos importante: gozaban de excesivo é injustificado favor entre nosotros, ciertos principios tales como la impulsión, el valor personal, el ataque rápido al estilo de hace cincuenta años, etc. Más que los mismos rifeños, el territorio del Rif nos enseñó lo que habíamos leído con cierta incredulidad en los libros: la ofensiva requiere en nuestros tiempos, tanto en el terreno de la estrategia como en el de la táctica, unas medidas de previsión, un paso tan lento y seguro, tan conservador si se nos permite la frase, que parece más propio de la defensiva que del ataque, y con el cual no nos habíamos familiarizado.

Esa deficiencia estratégica se puso de manifiesto en el mes de julio; tácticamente se hizo sensible principalmente en los primeros combates, pero su influencia se dejó sentir igualmente en otros librados con posterioridad.

Con todo, podemos enorgullecernos de haber sabido amoldarnos, con una flexibilidad que no esperábamos, á los métodos modernos, frente á un enemigo valeroso, en un terreno en el que todas las desventajas eran para nosotros, y sin poseer una verdadera base de operaciones. Aprovechemos empero la lección, porque no siempre el adversario da tiempo para enmendar la conducta ó los procedimientos.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

NUESTRA GUERRA DE MARRUECOS JUZGADA POR UN ALEMÁN

Al terminar el teniente coronel Hübner la serie de artículos informativos de la guerra del Rif, publicados en el *Militär-Wochenblatt*, formula algunas apreciaciones dignas de ser traducidas, porque, procediendo de un reputadísimo escritor, reflejan la opinión que sobre nuestra última campaña habrá formado la mayoría de la oficialidad alemana.

Descriptas con mucha claridad y concisión todas las operaciones hasta la del 27 de noviembre, efectuada está última para apoyar por medio de una enérgica presión las negociaciones de paz, ya iniciadas, consigna el articulista que á partir de aquel momento concluyó la campaña, "por cierto, sin haber concertado el armisticio preliminar de la paz y sin haber logrado los españoles la sumisión incondicional de las kábilas"

Y sigue diciendo Hübner:

"De todas maneras hay que afirmar que el general Marina ha conducido las operaciones con suma rapidez y energía. El Gobierno español no pudo encontrar persona más edecuada para colocarle al frente del ejército destinado á combatir á los rifeños. El general Marina ha demostrado que en el largo período de su mando como gobernador de Melilla, adquirió un conocimiento exacto y profundo del carácter y particularidades del indígena, y con esta base y sacando de las formas y circunstancias del terreno todo el partido posible, avanzó hasta la línea que era indispensable tomar (1), pero que en ningún caso podía rebasarse. Aunque haya sido blanco de algunas críticas, por no haber avanzado más al interior, está bien probado que estos reproches vienen de gentes nada familiarizadas

(1) Se refiere el autor á la que desde Zeluán se extiende por Atlaten hasta la desembocadura del Kert.

con aquellas circunstancias locales. El método de guerra que debe emplearse en el Africa del Norte se funda en ideas muy distintas de las que son norma en cualquier guerra continental, y por eso constituye una especialidad muy marcada dentro de las reglas del arte.

“La movilización de fuerzas relativamente considerables del ejército español, se ordenó cuando la infantería acababa de adoptar un nuevo cartucho y la artillería de campaña iba á cambiar de material, y si estos momentos críticos no influyeron perniciosamente en las operaciones, fué debido á que el enemigo, aunque provisto en parte de fusiles modernos, no podía presentar ninguna fuerza militarmente educada y sólo tenía algunos cañones anticuados é inservibles.—El fusil de la infantería española es del sistema Mauser de 7 mm, para el cual se adoptó en 1908 una bala puntiaguda. En las fábricas alemanas se construyeron 25.000 cartuchos con este proyectil, pero no sabemos que se hayan dotado todavía los cuerpos.

“Hace bastante tiempo que el Ministerio de la Guerra español se decidió por las piezas de tiro rápido de 75 mm, construidas en la fábrica de Schneider y C.^a de Le Creusot, y aun no se ha efectuado el cambio total de piezas. En realidad, varias baterías de campaña destinadas al teatro de operaciones marcharon con cañones de 9 cm de Saint Chamond; la artillería de montaña, aunque su nuevo material debia ser también del modelo Schneider, fué provisionalmente armada con cañones Krupp. No obstante estar acordada definitivamente la adopción de obuses de campaña, no se enviaron á Marruecos, donde hubieran prestado excelentes servicios. Tal diversidad de calibres en los campos del Rif habrán ocasionado enormes dificultades de municionamiento.—Algunos batallones de cazadores llevaban ametralladoras Maxim; pero poco antes de la guerra se equiparon las secciones de ametralladores de la infantería con modelos Hotchkiss. Es decir, que tampoco en ésto hubo unidad de armamento. A pesar de todos los inconvenientes mencionados se logró una movilización rápida y ordenada de las diversas divisiones, merced á las acertadas medidas dictadas por el ministro de la guerra, el teniente general D. Arsenio Linares Pombo.

“Así como no puede dudarse del brillante comportamiento de los oficiales y tropa ante el enemigo, también es preciso admirar la buena labor realizada por los centros técnicos. No solo se organizaron muchas líneas de telegrafía óptica, sino que también se prodigaron las de telegrafía eléctrica y telefonía, instalándose además estaciones de telegrafía sin hilos con excelentes resultados. Para la exploración sirvieron y sirven todavía dos globos cautivos, uno de ellos estacionado en el Hipódromo, y otro en Punta Restinga y más tarde en Nador; desde estos puestos se reconocieron las posiciones enemigas, sobre todo los atrincheramientos del Gurugú, y pudo hacerse también la observación del efecto de los disparos de la artillería.

“Con muchas dificultades hubo que luchar para asegurar las comunicaciones. No hay datos oficiales respecto del empleo de bicicletas, pero por noticias de la prensa se deduce que á pesar de lo desfavorable del terreno, prestaron buenos servicios en la transmisión de órdenes. Nos consta que hubo ciclistas en función en el combate de la brigada Diez Vicario del 30 de septiembre. Nada se ha dicho sobre el uso de automóviles de carga en las columnas del ejército de Melilla, aunque tiempo atrás se envió de Algeciras á Ceuta un automóvil militar destinado al transporte de municiones de artillería, aprovechando las buenas carreteras dentro de la zona fortificada. También en una gran parte del teatro de operaciones de Melilla pudieron emplearse, y se emplearon, estos carruajes, si bien la necesidad de los transbordos al entrar en terreno montañoso, restringió su uso. Para la comunicación de Melilla con Cabo Quiviana ó Zoco el Arba por el cabo Restinga, hubieran sido muy adecuados los automóviles, pero precisamente aquí se contaba con la vía marítima.—Como es sabido, hubo el proyecto de hacer accesible á los buques la Mar Chica, dragando el antiguo canal de entrada; requiriendo, sin embargo, estos trabajos un plazo de cuatro meses, se optó por organizar una escuadrilla en este extenso y profundo lago de costa, y emprender la construcción de medios especiales de transporte. Para proteger estos transportes y apoyar á las tropas de tierra se constituyó la escuadrilla con botes auxiliares de algunos buques de guerra, la cual dotada de cañones-revolver, ametralladoras y proyectores, prestó servicios importantes, particularmente el día 6 de septiembre, cuando el avance de la división Orozco contra Nador y Zeluán. Es de esperar que cuando se analicen y estudien con calma los hechos de esta guerra, se obtendrán provechosas enseñanzas de la cooperación de esta escuadrilla con las fuerzas de tierra.—Las llamadas cajas flotantes sirvieron para el transporte de municiones y víveres; en los embarcaderos no faltaron aparatos de carga y descarga bien instalados, así como tampoco muelles y puentes. Cada columna llevaba numeroso convoy de camellos.

“Todas las tropas y en primer término las unidades de ingenieros han trabajado extraordinariamente en la fortificación de posiciones. Se hizo gran uso de los sacos de arena, que muchas veces hubo que transportar á grandes distancias. Los numerosos blockhaus construidos fueron protegidos con defensas accesorias y sobre todo con alambradas. Para la defensa de estos blockhaus, que repetidas veces fueron atacados con extremada violencia, se emplearon con el mayor éxito las granadas de mano del modelo francés.

“Atención preferente se concedió al transporte de heridos, sirviéndose del furgón de Sanidad Militar. En Melilla se instalaron grandes hospitales para los heridos graves que no podían ser embarcados para la Península. En Zeluán se construyó un barracón-hospital.

“Resueltamente debe afirmarse que los españoles en su campaña del

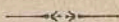
Rif, siempre que las circunstancias lo consintieron, utilizaron con notable inteligencia y acierto todos los adelantos modernos.

“Es de esperar que el servicio geográfico del Estado Mayor aprovechará la ocasión para levantar el plano del teatro de operaciones, del cual no existen sino cartas muy deficientes.

“La repatriación de las tropas ha empezado ya, pero se verifica con lentitud, porque se teme, y con razón, que los conflictos se reproduzcan.”

MARQUÉS DE ZAYAS

Teniente Coronel de Estado Mayor.



EL DOMINIO DEL AIRE

La Rivista di Artiglieria e Genio publica un extracto de un interesante artículo que sobre el dominio del aire, desde el punto de vista militar, ha aparecido en la Revista inglesa *Engineering*. Aunque las afirmaciones que se hacen en ese escrito parecen prematuras y exagerados en los momentos presentes, creemos que antes de pocos años resultarán acertadas, dada la marcha vertiginosa que en el camino del progreso lleva la locomoción aérea; por tal razón, damos también un extracto del repetido artículo

Debe prescindirse de la idea de emplear los globos para lanzar explosivos contra las poblaciones, porque si bien pueden causarse daños por este medio, no es probable que sean de consideración, ni menos capaces de influir materialmente sobre el resultado de una guerra; los daños en la propiedad privada no suelen causar otro efecto que enconar la lucha y hacerla más encarnizada.

Hay otros procedimientos por los cuales se puede conseguir que el dominio del aire sea un factor decisivo en la guerra. El primero, el más fácil, consiste en utilizarlo como medio para descubrir los movimientos y la situación del enemigo. Esto es de grandísima importancia en la guerra, y es indudable que un grande ejército podrá ser paralizado y contenido por otro menor que esté perfectamente informado de los movimientos del adversario, sin revelar los propios.

Las máquinas aéreas serán también de grande utilidad para obrar sobre las comunicaciones del enemigo, comunicaciones de las que dependen de un modo absoluto los ejércitos modernos, toda vez que los abastecimientos de vestuario, de municiones y de los demás materiales son hoy de tanta importancia, que cualquier ejército se verá detenido y paralizado sin una segura y constante comunicación por donde reciba lo que necesite.

Las máquinas aéreas pueden llevar su acción y acarrear daños mayores que los susceptibles de ser causados por la caballería, en virtud de la mayor velocidad que desarrollan y de la facultad de poderse mover con independencia del terreno. Sólo en el caso de que las líneas de comunicación sean cortas podrá el ejército guardarlas convenientemente con las guarniciones debidas; pero esto le privará de alejarse de su base de operaciones, quedando estrechamente ligado á ella, y además se disminuirá el número de hombres disponibles para la batalla.

Como consecuencia, el dominio del aire dará mayor importancia que la que antes tenía al dominio del mar. Hasta ahora, el dominio del mar no había tenido una influencia marcada sobre las operaciones terrestres, y si alguna vez decidió el resultado de la guerra ello se debió indirectamente á la paralización del comercio, que suspendió la vida nacional.

El dominio del aire, junto con el del mar, tendrá por efecto aumentar la distancia á la cual un ejército puede ofender á su adversario, extendiéndola más allá del alcance de la artillería de la escuadra, á la del radio de acción de las máquinas aéreas.

Sin duda, para combatir á las máquinas aéreas se habrá de recurrir á otras de igual naturaleza, combatiéndose por el dominio del aire como ahora se lucha por el del mar. No es posible hoy predecir cuál forma revestirá el combate en los aires, ni si predominarán los dirigibles ó los aeroplanos: pero parece que los segundos habrán de ser preferidos por sus ventajas sobre los primeros, y muy especialmente por su menor coste, lo que se traduce á igualdad de gasto en la superioridad numérica.

Por lo que hoy se vislumbra, el dominio del aire se fundará en dos factores principales: hombres y material, que son los mismos que dan el dominio del mar. Serán necesarios, no solamente buenos y atrevidos aviadores y mecánicos, sino también un cuerpo instruido é industrioso que desde la patria no deje de proporcionar máquinas, municiones y demás artefactos. Todo se traducirá en una cuestión de dinero; el éxito dependerá de la abundancia de material que se posea al iniciarse las operaciones, pero más todavía del que se vaya enviando después; material de reserva que será enorme y mayor cada día, amén de complicado y costoso.

Con mayor motivo en el aire que en el mar, el éxito dependerá así mismo del personal que maneje las máquinas y del que permanezca en la patria para servir los pedidos.

En resumen, el dominio del aire tendrá por resultado acrecer grandemente el poder ofensivo de las naciones que posean ya el dominio del mar, y disminuir en mucho el valor que hasta hoy han tenido los ejércitos enormes; de modo que no parece lejano el día en que la superioridad numérica significará poca cosa contra un ejército menor, pero bien pertrechado, que tenga el dominio del aire.

LA GRANDES MANIOBRAS ALEMANAS, EN 1909

De la *Revue Militaire Suisse* copiamos algunos párrafos sobre las últimas maniobras alemanas.

“La fuerza de las tropas que tomaron parte en las maniobras era un quinto del efectivo total del ejército en tiempo de paz, ó sea 125,000 hombres. Además, por vez primera desde la creación del Imperio, todas las tropas de los Estados del S.—Baviera, Wurtemberg y Baden—maniobraron juntas con las demás; siendo el teatro de operaciones el mismo en que se desarrolló hace cuarenta y tres años la contienda entre los alemanes del N. y los del S.

“El partido azul, mandado por el general Von Bock und Polach, se componía del 1º cuerpo bávaro, el XIII wurtembergés y un cuerpo combinado de caballería; cada cuerpo constaba de dos divisiones de infantería de dos brigadas, una brigada de artillería de campaña y una brigada de caballería. El cuerpo de caballería se componía de dos divisiones de caballería, de tres y dos brigadas respectivamente, una sección de señaladores y una de ametralladoras. En total, 52 batallones de infantería, 67 escuadrones, 47 baterías de artillería de campaña y 4 baterías de artillería á pié.

“El partido rojo, mandado por el general Feld Mariscal príncipe Leopoldo de Baviera, quien siendo capitán ganó la Cruz de Hierro por su brillante conducta en el combate de Villepion (1º de diciembre de 1870), estaba formado por el III cuerpo bávaro, el XIV badense y un cuerpo mixto compuesto por una división badense y otra bávara, ó sea en total 74 batallones, 67 escuadrones, 62 baterías de campaña y 7 baterías á pié; de modo que poseía sobre su antagonista una superioridad de 22 batallones y 10 baterías; en compensación, el partido azul tenía 10 escuadrones más

“Por primera vez, el plan general de operaciones consideraba á los dos partidos como ejércitos completamente independientes, lo que proporcionaba la ventaja de dejar una gran libertad de acción á los respectivos comandantes. El tema de las operaciones era el siguiente: Mientras las tropas del ejército azul se encuentran en un punto estratégico distante, el Estado rojo ordena la movilización de su ejército. El general Von Bock, que tenía á su disposición un ejército ya reunido, tomó inmediatamente la ofensiva, que durante los primeros cuatro días pareció verse coronada por el éxito. El príncipe Leopoldo, por su parte, contemporizó con mucha destreza; sostuvo primero su terreno, interrumpió luego la lucha, en el momento oportuno amagó un movimiento de avance, esperando siempre la oportunidad para asestar el golpe decisivo, y aplazando las verdaderas operaciones hasta que sus tropas hubieran concluido la concentración, verdaderamente difícil porque los cuerpos estaban separados entre sí por una distancia de varios centenares de kilómetros. El éxito de su plan sólo

fué posible por la absoluta confianza que el príncipe tenía en la resistencia de sus tropas para la marcha, y gracias á las disposiciones tomadas por sus inmediatos subordinados. El 13, 14 y 15 de septiembre, la infantería roja recorrió por término medio una distancia de 50 kilómetros por día; los cazadores del Rhin recorrieron 65 kilómetros el 15 de septiembre, mientras que el 110° badense y el 6° bávaro anduvieron 62 kilómetros, sin pérdidas apreciables.

“Cómo siempre, la infantería demostró que está á la altura y poseída de su papel, el principal en las batallas, que sobre ella recae el más grave peso de la lucha, y respondió cumplidamente á cuanto de ella se exigió.

“Los despliegues se hicieron bien; el terreno se utilizó con tanto acierto que algunas veces fué imposible advertir el movimiento de las tropas. Los principios del nuevo Reglamento han producido sus frutos, y toda la infantería se los ha asimilado. Por otra parte, es de lamentar que esta labor de adaptarse á la realidad no fué completada por el uso del uniforme gris ya adoptado en principio para campaña.

“La caballería solo hacía pocos meses que ensayaba el nuevo Reglamento, pero con todo probó que el espíritu y las tendencias modernas habían arraigado ya. En los pocos casos en que fué necesaria la carga, el viejo método de combate de la caballería, se acudió á ella; el empleo frecuente que se hizo del combate pié á tierra, demostró que la caballería comprendía su papel en la guerra moderna. Los mismos oficiales de infantería hubieron de reconocer que la caballería se plegaba tan bien á la realidad que se defendía con tanta eficacia como la infantería; por lo demás, armada con la nueva carabina, que dispara una bala S como la infantería, su influencia en el combate puede igualar á la del arma principal; en lo futuro, será difícil distinguirla cuando combata desmontada, porque usará un uniforme gris y el mismo cubrecabezas que la infantería.

“El resultado del empleo del “Cuerpo de caballería” ha enseñado que esa unidad era torpe y de poca movilidad, á despecho de los múltiples medios de comunicación y de trasmisión de órdenes que se poseen hoy día. Toda vez que este instrumento, puesto en las manos de tan eminente jefe como el general Von Kleist, fué incapaz de realizar lo que de él se esperaba, debe creerse que padece de un defecto de organización. Podemos sentar en principio que cuanto más fuerte es una unidad de caballería, más difícil es manejarla, y podemos decir también que su valor táctico decrece en proporción inversa á su valor numérico; una unidad de caballería demasiado numerosa pierde su ventaja característica, la rapidez en la decisión seguida por la rapidez en la ejecución. Lo que se gana en fuerza se pierde en movilidad. Puede preverse que se suspenderá la organización de cuerpos de caballería, y en compensación que las divisiones de esta arma serán puestas bajo un mando único.

“La artillería de campaña y la pesada ejecutaron sin cesar lo que en-

tienden es uno de sus principales deberes, esto es, apoyar el movimiento ofensivo de su infantería; utilizaron habilmente el terreno ondulado de la Alemania del Sur para efectuar á cubierto la entrada en batería, hicieron grande uso del tiro cubierto y entraron siempre con gran rapidez en acción.

“En cuanto á las ametralladoras, fué imposible averiguar su situación á pesar de que se oía la crepitación de su tiro. Hicieron buen uso del terreno y desplegaron la mayor destreza táctica.

“Así mismo trabajaron bien las tropas técnicas; los telegrafistas, los señaladores, los aerosteros, y los automovilistas y ciclistas voluntarios, parecían penetrados de la capital importancia de mantener buenas y constantes comunicaciones entre las diferentes armas.

“Las columnas de carruajes automóviles, cuya especial misión es abastecer á las divisiones de caballería, hubieron de realizar un cometido muy difícil. Pero tenemos la seguridad de que demostraron su aptitud para superar todas las dificultades que se les presentan si el tiempo es malo, están cubiertos de barro los caminos, estos son estrechos y muy pendientes, y son grandes las distancias que han de recorrer.

“Gracias á la extensión enorme del teatro de las maniobras, la telegrafía sin conductores prestó reales servicios. Fueron montadas varias estaciones de diferentes sistemas, para comunicar entre sí los comandantes en jefe, los jefes de las divisiones de caballería y los globos dirigibles. Los teléfonos y telégrafos fueron empleados constantemente.

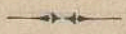
“Antes del comienzo de las hostilidades la Dirección de las maniobras estableció una red telefónica neutral que se extendía unos 400 kilómetros, la cual abrazaba todo el terreno de las operaciones, y varios puntos de ella se enlazaron con la red del Estado. Los oficiales de comunicaciones de la Dirección de las maniobras agregados á los comandantes generales, tenían, además, á su disposición secciones de telégrafos que podían en cualquier momento tender una nueva línea que fuera á empalmar con la neutral; de esta manera, la Dirección se mantenía en constante relación con sus oficiales y con los árbitros.

“Las cocinas de campaña demostraron, sin duda alguna, que los inconvenientes que se les atribuyen—alargar las columnas y aumentar la impedimenta—quedan de sobra compensados por la importante ventaja de llevar siempre consigo las tropas el alimento necesario para reponer sus fuerzas. Ciertas unidades que parecían enteramente exhaustas é incapaces de hacer un nuevo esfuerzo, reanudaban la marcha ó el combate después de un descanso de una hora, durante el cual consumían un rancho caliente y bien preparado. Este hecho hace ver la necesidad de proveer á todas las unidades de estas cocinas; debe señalarse una vez más la gran dificultad que existe para que los trenes y la impedimenta lleguen oportunamente á la inmediación de las tropas en el vivac ó acantonamiento.

“Lo que más llamó la atención fué el empleo del dirigible *Gross II*.

En los dos primeros días permaneció estacionario; el 13 de septiembre comenzó á volar poco después del comienzo de las operaciones, pero á la 1 y 20 sufrió un a avería. El pueblo de Oberschupf, donde tomó tierra, dista unos 50 kilómetros de Gailenkirchen, que fué su punto de partida. El 14, se elevó á las 11 de la mañana, y á las 12 y 35 tomó tierra en su tinglado, donde pasó el resto del día reparando las averías; en los tres días siguientes se elevó á las 10 y 30, 11 y 6, respectivamente, durante cuyos vuelos tocó la tierra algunos momentos. Estas operaciones hubieran tenido grande importancia en la realidad, y todos admiraron la velocidad de su vuelo y la facilidad de sus movimientos. El tiempo no fué muy favorable á las observaciones del *Gross*; la niebla era muy densa, pero perjudicó á los dos partidos. Acaso los globos del tipo rígido (*Zeppelin*) ofrecen más resistencia á la lluvia y al viento que los dirigibles no rígidos franceses y alemanes, y por este motivo son más á propósito para las operaciones de la guerra. La cuestión de altitud aun no está dilucidada; el globo debería permanecer todo el tiempo que se desee á una altura de 1,200 á 1,500 metros; pero el *Gross*, al parecer, si alcanza esa altura, tiene dificultad en mantenerse en ella, lo que le expondría al fuego enemigo. Por otra parte, prestó muy útiles servicios por sus comunicaciones radio-telegráficas, las cuales no sufrieron ninguna avería. El *Gross II* es el primer dirigible provisto de un aparato de esta especie; se hicieron experimentos con el *Zeppelin III*, con buen resultado, según se dijo, pero la instalación no se hizo definitivamente.

“Conviene decir algunas palabras sobre los notables servicios prestados por las compañías de ferrocarriles, la sección de ferrocarriles del Estado mayor general y las diferentes cabezas de línea; ciertamente no es labor insignificante el transporte de 90,000 hombres en 24 horas sin alterar en lo más mínimo el cuadro de marcha de los trenes de viajeros, labor que se realizó cumplidamente y sin el menor retraso, mereciendo los elogios de todos, y mucho más si se considera que por el sesgo que tomaron las operaciones fué menester cambiar la designación de gran número de estaciones. Tanto la organización de los ferrocarriles, como la del ejército, se mostraron á la altura de las grandes responsabilidades que pesan sobre ellas“.



BIBLIOGRAFÍA

El material sanitario de los ejércitos en campaña y especialmente del español (ponencia oficial en el xvi Congreso Internacional de Medicina, Budapest, 1909), por el Dr. Angel de Larra y Cerezo, Delegado del Gobierno español y del Ministerio de la Guerra, Académico de número de la Real de Medicina, etc.—Madrid, 1910. 33 páginas (24 X 17).

Este folleto contiene un acabado estudio del material sanitario de nuestro ejército y algunas consideraciones sobre los adelantos de la medicina militar y sobre el papel encomendado al cuerpo de Sanidad Militar, que tanto enaltece con sus incesantes trabajos el Dr. Larra y Cerezo.

Adviértese en la ponencia la excepcional competencia del autor, quien demuestra en su folleto el admirable grado de progreso á que hemos llegado en materia tan importante para el ejército. Sus afirmaciones no tardaron en ser comprobadas por la realidad, pues sabido es de todos el admirable resultado obtenido en el Rif con el material de curación español, uno de los pocos elementos que poseemos capaces de resistir cualquier comparación, en calidad y cantidad, con los análogos del extranjero.

Felicitemos al autor por su útil estudio, que convendría divulgar.

